LA NOVELA DEL DIA



AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS

POR AQUELLA SENDA.........

A mi sabio amigo D.
Alejandro Guichot

Amantina Cobo
de Villalobos

AÑO II
NÚM. 25

LA NOVELA DEL DIA

SEVILLA, MARZO 1924

OFICINAS: GONZALO BILBAO, 11

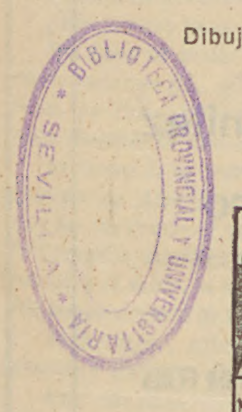
25 CTS.

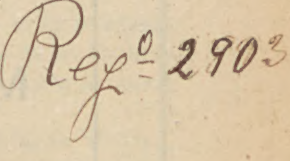
POR AQUELLA SENDA...

NOVELA POR

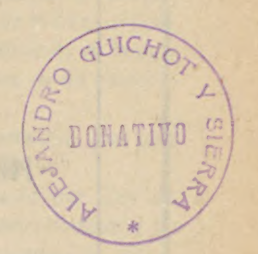
AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS

Dibujos de Hohenleiter









TALLERES TIPOGRÁFICOS
VIUDA DE L. IZQUIERDO, VELAZQUEZ, 6.-SEVILLA

EN NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO

La Quimera que se va

Por

Miguel Benítez de Castro

PORTADA DE MANOLO MARÍN FERIA

Prólogo

Dejó escritos Guy de Maupassant, como prefacio a una de sus famosas novelas, varios arrogantes pensamientos sobre la crítica literaria.

Y dice: «Pero casi todos los críticos no son, en realidad, más que lectores...»

Estas palabras, alarmantes para los que se erigen, con soberbia, en jueces, no alterarían el ánimo tranquilo de los que sólo desearon la complacencia de ser justos.

¡Maravilloso título el de lector!

Sin tener ni ansiar otro ninguno, valido de su privilegio, como lector en fin, aficionado y apasionado de los bellos libros, yo diré aquí sinceramente mi opinión sobre la nueva obra literaria de una escritora insigne.

Se trata de la breve narración POR AQUELLA SENDA..., *original de Amantina Cobos de Villalobos, espíritu selecto, que ha mostrado en sus poesías, crónicas de viajes, artículos, cuentos, eruditas glosas y trabajos históricos, la imaginación y el estilo, la sensibilidad y la ternura, de un admirable temperamento de artista.*

Se distingue, sobre todo, la novelita presente, por una grande y simpática sencillez.

Esto me recuerda ahora la imágen creada por Guy de Maupassant; podrán los enemigos tirar piedras al autor y lo herirán porque tiene cuerpo, mas no alcanzarán a la sencillez, que no lo tiene.

La vida humilde de un pobre matrimonio, gente del pue-

blo sevillano, en una casa grande de vecinos, y la aparición misteriosa de una bella criatura joven, sér victimario de un burlador infame, constituyen el pensamiento feliz del relato novelesco, tan hábilmente descrito por la pluma de Amantina Cobos.

Milagros, la gentil paloma, vuelve de su extravío y rescata la sombra de su culpa en la mansedumbre del hogar y en la alegría del taller, con una suave expiación y firme desengaño, siendo antorcha de buen ejemplo en el barrio trabajador, para siempre.

¡Contra la alucinación de la senda maldita, contra el poder evocante de aquella senda, por donde fué la otra!

Un refrán clásico lo afirmó con humana verdad y española hidalguía: VIRTUDES VENCEN SEÑALES.

Tal es la moralidad que trasmina, con fragantísimo olor y óptima gracia de moderno idealismo, de la juventud dramática de Milagros, la gentil mocita arrabalera.

Amantina Cobos de Villalobos supo darle existencia y símbolo, en la delicada forja de su personalidad literaria, finamente.

«No tiene aquí lugar alguno el rígido ceño de la austera censura, campo sí extendido y dilatado para el elogio».

Este es nuestro parecer, escribían al término de la aprobación los antiguos censores de los libros de España, con la investidura de la autoridad.

Y yo digo modestamente: Esta es la opinión democrática de un lector.

F. Cortines y Murube.



POR AQUELLA SENDA...

I

EN el destartalado caserón, antiguo palacio, albergue ahora de cuarenta y dos vecinos, todos miraban bien a María Pepa y a su marido «el Picao». Era él un modesto bracero, cuyo apodo debíase a unas pestilentes viruelas que dejaron para siempre indelebles señales en su inexpresivo rostro; la mujer, que a la sazón frisaba con los cuarenta años, tenía las carnes secas y amarillentas, como madera apolillada, ancha frente, lacio cabello y andar cansino. Habíase criado desde muy niña en el barrio,

con su madre, honradísima viuda, y siempre pasó desapercibida por su insignificancia, por la falta de atractivos, quizás por su honradez misma.

El matrimonio era humilde y bueno; jamás se mezcló en riñas de vecindad, y aun de su pobreza hacían a veces caridad a los más desvalidos; y cuando la miseria llamaba a las puertas de la triste habitación y «el Picao» se quedaba días y días en la cama, devorado por la fiebre y desgarrado el pecho por la tos, un vecino empleado en cierto salón de espectáculos había visto a María Pepa, arrebujada en su viejo mantón, a altas horas de la noche, en la Campana, alargando su flaca mano en demanda de una limosna.

Y cuentan que en cierta ocasión, una vecina de mal genio quiso disponer del lavadero, quitando la vez a María Pepa, a quien dijo dando un empujón:

—Quítate de ahí, «méndiga».

A lo que respondió la otra mansamente:

—Eso no es malo, que también Dios pidió limosnas; peor es robar.

El pueblo, siempre honrado, aplaudió la noble contestación de la humilde y durante algunos días las dádivas de los vecinos aplacaron el hambre en la morada de la sin ventura.

II

El invierno fué fatal; casi todo se lo pasó «el Picao» en la cama, y los escasos jornales de María Pepa en las casas donde trabajaba, apenas si cubrían las necesidades más imperiosas; ya no quedaba en el tugurio ropa ni muebles apenas. El casero amenazaba con el desahucio...

A la entrada de la primavera marcharon en busca de trabajo; no se despidieron de nadie—los pobres están exentos de toda fórmula de cortesía—y la casera recibió ¡cosa más rara! todos los atrasos del alquiler de la sala, que quedó cerrada hasta la vuelta de sus inquilinos.

Y pasó más de un año sin que dieran la vuelta, ignorando todos su paradero. Quién decía que estaban en Huelva, quién en Buenos Aires o en Aracena, «muy lejísimos», aseguraban las comadres; el alquiler de la habitación lo pagaba puntualmente un compañero de «el Picao», hombre de pocas palabras, que nunca sabía nada.

Una tarde templadita de octubre paró un coche

a la puerta del viejo caserón del barrio de San Julián. En el carruaje venían «el Picao» con terno nuevo, botas de color y flamante sombrero, y a su lado María Pepa, envuelta en un mantón afelpado, cuyo costo no bajaría de veinticinco duros, según cálculo acertado de la ditera que vivía en el piso alto.

Acudieron solícitas las vecinas a desembarazar el coche de canastos y líos de ropa, y al bajar María Pepa mostró entre el blando tejido del mantón, una criaturita de pocos meses.

—¡Dios la bendiga!—dijo la anciana vendedora de bollos de leche.

—¿Hija tuya?—preguntó una mujer.

—¡Qué preciosidad!—exclamaban las mocitas.

—¡Una niña, una niña!—gritó una zagalona, tomando en brazos a la criatura.

Efectivamente, era una niña, blanca y rosada, translúcida como porcelana de la China, en cuya linda cara se abrían dos ojitos azules, que con el tiempo serían ojazos, sombreados por negras pestañas. No habían exagerado las mujeres: era una preciosidad.

Una vez en la sala, mientras obsequiaba María Pepa a las vecinas con las chucherías que traían los canastos, contaba su vida de aquel tiempo pasado fuera de Sevilla. Su Frasco había encontrado muy buenos jornales, se había puesto bien de salud, y para colmo de felicidad Dios les había mandado aquella niña cuando ya no pensaban en *eso;* estaban

locos con ella... En cuanto arreglara su casa tenía prometida una misa con órgano a Nuestra Señora de la Hiniesta.

¡Estuvo tan malita cuando nació su Milagros...!

III

MILAGROS se llamaba la chiquilla y era un milagro de hermosura; según iba creciendo, los años traían para ella nuevas joyas de belleza; a los seis era prodigiosamente bonita, y con la admiración y mimos de todos llegó a ser la tiranuela del barrio, sobre todo de la chiquillería, en quien mandaba como reina absoluta.

Y tenía razón María Pepa al decir que con aquella niña había venido a su casa la bendición de Dios; ya no hubo escaseces en la morada del humilde matrimonio; el viejo catre fué reemplazado por la cama de acero de mullidos colchones y colcha de piqué; la niña tenía su cunita vestida de blanco; en el invierno había mesa estufa, que daba confortable calor, y en el verano cortinas que impedían el paso a los rayos solares; hubo alegría y abundancia desusadas en la mesa de los pobres.

«El Picao» trabajaba todos los días, ya repuesto de su dolencia; no paraba en casa, siempre trayendo buenos jornales a su familia, pero dos vecinas

chismorronas, que trabajaban en fábricas extramuros de la ciudad, aseguraban que le veían sentado al sol en la Ronda de Capuchinos, o en las ventas del camino del Cementerio, tomando medias cañas con sus amigotes. Se daba poca fe a estas habladurías, porque ¿quién iba a dudar de María Pepa, tan honrada y sobre todo, tan fea y poco garbosa?

En tanto, Milagritos crecía como una flor espléndida, cuyo desarrollo favorecen todos los terrenos y todos los aires. A los quince años era un asombroso modelo de soberana belleza. Tenía ojos grandes, azules y luminosos como cielo africano, cabello negrísimo, suave cutis de transparente blancura; todo en ella era perfecto y armónico, desde la graciosa cabeza hasta el pie breve y fino. Razón tenían las comadres al exclamar viéndola salir con María Pepa, que, ni aun bien vestida, mejoraba de físico.

—¡De la zarza sale la rosa...!

IV

Lo que rió Milagritos el día que llegaron dos ingleses a la casa de vecinos! ¡Mira que llamarla a ella señorita y decirle que parecía una princesa! ¡Qué tontos son esos «turistas»! El pueblo de las grandes capitales ya se ha familiarizado con esta palabra.

En verdad que fué una escena de inenarrable encanto. Aquella mañana de fines de abril estaba el gran patio de la casa, limpio y fresco; en torno a la fuente renacentista, las macetas se mostraban verdes y frondosas, sosteniendo en sus hojuelas las cristalinas gotas que el surtidor les enviaba, como tangibles besos. Había paz desusada en el viejo caserón; los hombres se hallaban en el trabajo, las mujeres en sus faenas, los chiquillos en la escuela. Sólo Milagritos llenaba el cántaro en la fuente mientras miraba distraidamente al cielo, que en aquel momento tenía el mismo color de sus divinos ojos.

Una fina blusa celeste—el color preferido de la

muchacha — aprisionaba su cuerpo delicioso de proporciones admirables. Ligeramente desabrochada, mostraba una garganta que hubiera envidiado aquella famosa Inés de Castro, a quien sus contemporáneos llamaron «Cuello de garza». Los brazos al aire tenían la blancura jugosa de los nardos, y el mismo abandono de su traje matinal dejaba indefensa, pero triunfadora, su indiscutible belleza. En aquel momento parecían fundirse en la niña todos los encantos de la mañana, de la luz y de las flores; sus vestidos humildes, toda su persona, adquiría una luminosidad extraña, que emanaba de ella misma. Razón tuvo un poeta, que pasando por la calle, en cierta ocasión, la comparó con la princesita de un antiguo cuento, condenada, por su excesiva afición al lujo, a vivir en los suburbios de la corte imperial.

Por el inmenso zaguán, solitario a aquella hora, entraron dos extranjeros, jóvenes, altos y rubios, elegantemente vestidos—ya no existen los turistas estrafalarios—y llegaron hasta el patio, sin reparar siquiera en Milagritos. Con su cuaderno de apuntes en la mano, contemplaban las esbeltas columnas de mármol blanco, los capiteles corintios finamente esculpidos, los escuditos que adornaban las enjutas de los arcos, todo aquel conjunto, en fin, lleno de gracia y armonía. Después dirigieron la vista hacia las galerías altas, y no encontrando allí nada digno de su culta inspección, giraron sobre los talones y avanzaron hacia el centro del patio.

De pronto los ojos de los extranjeros se encontraron con la bella muchachita andaluza. Admiráronla unos instantes con esa curiosidad artística con que hubieran examinado una estatua clásica, que parece limpia de toda sensualidad; y por fin uno de ellos, en correcto castellano, si bien con marcado acento exótico, dijo a la niña:

—¿Quiere decirme la señorita a quién pertenece esta casa?

Milagritos no estaba acostumbrada a aquella cortesía; requiebros y piropos de todas clases, eso sí, en cuunto ponía los pies en la calle; pero llamarla señorita y quitarse el sombrero hasta los pies, doblando el espinazo, ¡vamos, que era caso de risa...!

Y la chiquilla se echó a reir de tan buena gana y había en ella tanta alegría de juventud, tal plétora de vida, que los extranjeros ya no la miraron con la extática admiración con que se contempla la hermosura de piedra. Mas reponiéndose de aquella hilaridad, contestó a la pregunta de los visitantes con esa cordial desenvoltura que tan peculiar es del pueblo andaluz, y cuando el agua rebosó por los bordes del cántaro, colocóselo sobre la redonda cadera y con gentilísimos andares se dirigió a su habitación, mientras los turistas decían en su lengua algo que Milagritos comprendió que se refería a su persona, por esa intuición especial de las mu-

jeres para entender sus elogios, aunque sean dichos en el idioma más enrevesado del planeta.

❦ ❦ ❦

¿Pretendientes, Milagritos? A docenas; nunca se vió el barrio tan rondado por los eternos trovadores del amor; nunca muchacha alguna tuvo un despertar más risueño en la alborada de las ilusiones; nunca en una vida juvenil vióse una Pascua tan alegre.

Eran legión los que anhelaban la posesión de aquel rico tesoro. El señorito *bien*, el viejo acicalado, el obrero distinguido, el artesano ricacho...; pero ella se mofaba de todos; de todos, no; que la vieja vendedora, que tenía su sala en el zaguán, decía a María Pepa, a quien conocía desde pequeñita:

—Vigila a tu hija, Pepilla, mira que es muy preciosa, y el día menos pensado te va a dar un disgusto.

Sentía el matrimonio por aquella niña un amor de idolatría. Era la gentil mocita el rayo de sol que doraba y embellecía la existencia, hasta entonces de trabajo y privaciones, de los dos humildes seres; quien había traído al hogar sin ventura alegría y dicha, la que colmaba a los esposos de vehementes y alocadas caricias, de efusivos y tiernos besos... Ellos, en retorno, la veneraban, como a un sér superior...

¡Era tan alegre, tan bonita, tan buena...!

—Mira, niña, que me han dicho que tienes novio—decía la infeliz María Pepa, con un tono que, pretendiendo ser autoritario, resultaba opaco y tristón.

—¿Cuánto ha dado usted por la noticia?—contestaba la muchacha con desenfado y salía de la habitación, cimbreando el gallardo cuerpo, triunfadora con su alegría y juventud.

Lo cierto era que Milagritos hablaba con un hombre, bajo el limonero del gran patio, en las altas horas de la noche; de esas noches andaluzas, propicias para todas las exaitaciones del amor divino y del amor terreno; noches místicas y voluptuosas, de azul e inenarrable belleza, culpables, casi siempre de los humanos pecados.

Quién era aquel hombre y cómo entraba allí, eran cosas insabidas. Aparentaba ser un obrero bien vestido y parecía un gran señor. Las contadas personas que lograron verlo, decían que era joven, guapo y buen mozo.

Milagritos negaba rotundamente aquellas relaciones... ella no sabía nada de aquel hombre... todo eran infundios y fantasías de cuatro chismosas.

—¿Quieres que te cuente una historia, chiquilla mía?—decía una noche a Milagritos el incógnito galán, con voz suave y acariciadora.

—Cuenta lo que quieras,—contestaba la muchacha, con dulce complacencia.

—Escucha. Yo conocí hace años una mujer

muy hermosa, tanto que era la admiración de cuantos la veían. Su paso por las calles era una marcha triunfal, entre los más apasionados requiebros, y muchos hombres enloquecían por aquella divina muchacha, que a su espléndida belleza, unía una voz de serafín.

—¿No tenía novio?—preguntó con simplicidad Milagritos.

—Tenía uno,—prosiguió el narrador,—que la quería tanto como yo te quiero a ti...

Aquí su voz se hizo temblorosa, como cuando falta el apoyo de la verdad.

—Mientras fué niña como tú, quiso mucho a su novio. Pero su belleza y el encanto de su voz, hiciéronla rica, muy rica... y entonces...

—¿Qué?—interrogó la muchacha.

El reloj de la vecina iglesia dió las dos. La noche parecía un inmenso diamente; tan fúlgida era. En el ambiente, cargado de perfumes de nardo, se perdieron las vibraciones de aquellas campanadas, que parecían las notas de un concierto angélico.

En la calle se oyó un silbido especial. El desconocido galán de Milagritos, se puso en pie, se despidió de ella y desapareció en el inmenso patio.

Quedó sola la niña, bajo el gran limonero, cuyas hojas tamizaban la luz plateada de la luna y con su traje blanco y las negras trenzas a modo de diadema, parecía la princesa de una leyenda oriental. La belleza es siempre aristocrática.

Algunas noches después no alumbraba las calles de la hermosa ciudad la blanca luz de la luna, que pone suntuosidades de alcázares en los barrios míseros. La obscuridad hacía más sórdidas las callejas del suburbio.

Una gran puerta—de la antigua casa solariega de unos Guzmanes o de unos Téllez—se abrió quedamente y salieron a la desierta calle dos personas; un hombre de elevada estatura y una niña, que tal debía ser por la delicadeza y brevedad del talle.

—¡Que no, Manolo—decía ella en voz muy baja—; que lo he pensado mejor y no me marcho! ¡No, no doy ese disgusto a mis padres!

El galán, entonces, inclinóse hasta rozar con sus labios la cabeza de ella y casi en su oído:

—Tú no tienes padres – murmuró—tú no tienes nombre... Decídete, pues, que el tiempo urge... Yo soy rico y me casaré contigo, porque te quiero y en mí no manda nadie. *Esos* que ahí quedan, no son nada para ti y en cuanto a tu madre... mejor es que no lo sepas...

Y arrastraba a la muchacha hacia una plazuela, donde aguardaba un coche, junto a un edificio vetusto.

Dejábase llevar la Indefensa, rendida su voluntad, más que a la pasión erótica, al dolor trágico de aquella brutal revelación.

¡Si ya me lo habían dicho y no quería creerlo!... —sollozaba la víctima, ya pronta al sacrificio.

V

En el barrio, todo era consternación y revuelo; en la casa de vecinos donde moraba María Pepa, reinaba desde la mañana una insólita animación, cuchicheos y conciliábulos de gentes vulgares, siempre atentas al mal del prójimo, que acaban por compadecer, después de haber sentido una morbosa alegría.

Las viejas suspiraban, poniendo al fin de su chismorreo un comento de austera moral; las mujeres maduras hacían guiños y ademanes picarescos durante las conversaciones que sostenían, mientras los cántaros se llenaban en la gran fuente; las muchachas se reunían en pequeños grupos de animadas charlas, y parecía que el acontecimiento había sido mágico ensalmo para unir voluntades distintas y soldar amistades interrumpidas.

El suceso que tanta impresión causó en el ex-palacio, era la desaparición de Milagros; la muchacha no parecía por ninguna parte, y como en España y mucho menos en Andalucía, las jóvenes boni-

tas no caminan solas, los vecinos de la casa creían, con fundadísima razón, que la niña se había ausentado en compañía de su galán.

Cuando María Pepa, ya bien entrada la mañana, fué a despertar a su hija, encontró intacta la camita blanca y pomposa, y en la mesita de noche, junto al vaso de cristal floreado, un papel escrito, que leído por el casero—un guardia de Seguridad—descubrió el enigma de aquel suceso, que bien pronto adquirió caracteres de escándalo.

Estaba María Pepa en su habitación, sentaba en una silla baja, con las no peinadas greñas caídas sobre la amarilla frente, mal vestida y mal calzada, que el verdadero dolor no entiende de aliños y coqueterías; los ojos opacos, enrojecidos de llorar, aunque en aquel instante aparecía con el imbécil estupor que sigue a los grandes golpes del alma; pero su psicología de esclava, no le permitía revelarse contra la adversidad de su destino.

Dentro, en la alcoba conyugal, el «Picao» gimió como una bestia herida.

—¡Frasco!—dijo por fin María Pepa a su marido...—Levántate y avisa enseguida a *aquella*...

Y tornaba a un llanto callado, sin emoción, sin vibraciones, como era su vida.

Las mujeres entraban y salían en la sala, abrumando a preguntas a la mísera madre, dándole consejos tardíos, noticias inútiles, consuelos irrisorios. Los hombres, bien porque no concediesen tan

importancia al asunto, o por tener mayores quehaceres, apenas asomaban por la habitación.

Habían pasado algunas horas y aún el «Picao» seguía sollozando allá dentro, cuando paró un coche a la puerta de la casa. Corrieron en aquella dirección atropelladamente las vecinas, pensando que ya retornaría la oveja descarriada entre la pareja de la Guardia civil, cuando vieron con asombro descender del coche una mujer, cubierta con lujosa capa de seda, envolviendo su cabeza en un tupidísimo velo de encaje, que con taconeos inverosímiles por lo ligeros, atravesó zaguán y patio, entrándose sin llamar en la sala de María Pepa.

Allí, descubriendo el cuerpo y la cara, apareció tal como era una hermosísima mujer, que entraba en el verano de la vida como las diosas de la antigua paganía en los bosques sagrados, con todos los honores del triunfo. Sus ojos negrísimos y ardientes, ojos de harén, emancipados por la civilización, el oscuro y ondulante cabello, el dinamismo de toda su persona, daban claro indicio de que era una castiza hija del pueblo andaluz; pero su lujo inelegante, su mirada retadora, las blancas, apretadas y mal cubiertas carnes, bien pronto mostraban que aquella hembra había olvidado, si llegó a saberlas, todas las reglas del honor. Ni aun era la mujer que peca por una gran necesidad sentimental, sino una hermosa traficante.

¿Su nombre? María de la Salud, la «Saluíta» de

cualquier barrio de Sevilla; su historia, por vulgar no referida. Muchachas que nacen a veces en hogares honrados, luego son obreritas, y después su belleza les lleva a los escenarios y más allá...

María de la Salud encaróse con María Pepa; sus ojos despedían chispas y, por encima de su traje de seda y de las ostentosas joyas que decoraban su arrogante persona, rezumaba toda la ordinariez de su plebeyismo cubierto de dinero.

—¿Qué has hecho de mi hija, di, qué has hecho?... ¡¡Habla pronto, grandísima bribona!!, que si es cierto lo que me acaba de contar el casero, ese que tiene el empleo por mí, os voy a meter en la cárcel a ti y a tu marido, por sinvergüenzas, para que se os pudran los huesos... Después que estábais muertos de hambre y comidos de miseria y gracias a mí no se ha muerto tu marido en el Hospital... ¡Vea usted!—prosiguió la buena moza, encarándose con un interlocutor invisible—les entrego a estos pobretones mi hija, les doy el dinero a manos llenas para que cuiden de la niña y dejan que se la lleve aquel bandido, que fué mi novio, y porque no lo quise, pues entonces era un pobrete, un chavalillo más joven que yo, sin una peseta, me la juró que había de vengarse... ¡Y bien se salió con la suya!

Así hablando María de la Salud, colérica, enardecida, más que el instinto maternal herido, más que el sentimiento de la mujer madre, vibraba en ella el amor propio despedazado por la atroz burla.

El narrador de esta verídica historia, refiere un caso insólito, uno de esos raros momentos de la vida humana, en los que el débil siéntese poseído y como pertrechado por toda la fuerza de la razón. Y fué que María Pepa, la humilde, la desgarbada, la insignificante, nacida como el polvo del camino, para que nadie reparara en su mansedumbre, irguióse altanera frente a la Otra, tan magnífica por la naturaleza y por el arte, y la superioridad pareció desnivelarse, pues la hermosa quedó en un plano tan inferior, que semejaba un ridículo maniquí, sin corazón y sin alma.

Y cuentan, que así se expresó María Pepa; así o en términos parecidos, a los que prestaba calor y hasta elocuencia, una noble indignación y un extenso y verdadero dolor, sin mezcla de impureza alguna.

—¿Y eres tú la que viene a pedirme cuenta de la niña? ¿Tu hija? ¡Vamos, mujer, que me harías reir si fuese cosa de risa!... ¿Quién de las dos habrá sido más madre de ella? ¿Tú, que te la quitaste de delante para seguir la vida de bureo y jolgorio, ganando buenos dineros por esos teatros de infamia, y divirtiéndote del mundo, o yo que desde hace diez y seis años me he pasado la vida cuidando de ella y adorándola como a la que está en el altar?... ¡Si yo la quería más que si la hubiera echado al mundo!... ¡Si esto nos va a costar la vida a mi hombre y a mí!... Pero ella tenía que seguir el mismo caminito,

la misma senda que tú... Si ya lo dice el refrán... «¡Por donde salta la cabra...!»

La hermosa frente de María de la Salud se oscurecía y se inclinaba; su mirada, acostumbrada a triunfar en los eróticos lances, perdía brillo y audacia y a través del colorete sus mejillas empalidecían; su cuerpo se encogía sobre la silla, semejando un animal cobarde ante una fuerza superior. Aquella inteligencia grosera, aquel corazón vicioso, empezaba a comprender confusamente los grandes deberes de la madre.

En tanto, la honrada seguía hablando, como si toda su vida humilde y silenciosa se volcase en aquel gran dolor que brotaba de sus entrañas y como si tantos años de maternidad aparente, hubieran dejado en su alma el divino sello de la abnegación. Su figura mezquina se agrandaba moralmente y el vulgar lenguajc adquiría los matices del sentimentalismo y de pasión.

Allá dentro en la alcoba que el dinero de la cortesana había henchido de plebeyas comodidades, «el Picao» sentía a su manera, pasivamente, como un sér sin inteligencia, sin iniciativas, y entre sollozos enronquecidos, sin prestar atención a los insultos y groserías que prodigábanse las dos mujeres, decía una y otra vez.

¡María Pepa... la niña!... ¿Ha vuelto la niña, María Pepa?

VI

Poco tiempo después volvió Milagros a casa de sus padres, los únicos que conocía y quería; los que cuidaron su bulliciosa infancia y su deliciosa adolescencia, María Pepa y su marido.

La belleza de la muchacha tenía opacidad, como de espejo empañado, pero habia en sus ademanes tanta dignidad y tanta altivez en la mirada, que las insinuaciones atrevidas de los hombres y, lo que es más raro, las preguntas curiosas de las mujeres quedaron a buena distancia de ella.

Vestida modestamente, trabaja en el taller de una modista famosa; pero se ha sabido (¡qué no se sabrá en una casa de vecinos!) que el empresario de cierto Salón de espectáculos de ínfima clase le hizo proporciones ventajosa, que ella ha rechazado. No quiere seguir «por aquella senda», por la que cami-

na su madre con ciego extravío de sus deberes; y en aquel ambiente de aceptada pobreza y asiduo trabajo, se conserva moralmente pura, dando un mentís a la llamada ley hereditaria.

Me han asegurado que sigue siendo honrada, a pesar de todo...



Obras de Amantina Cobos de Villalobos

Mujeres Célebres Sevillanas.

Agotada.

Tradiciones Sevillanas.

Poesías premiadas en el Certamen Concepcionista.

EN PREPARACIÓN

Sevilla en el Siglo XI.

Romances Caballerescos.

Poesías.

Bellezas de Andalucía.

Obras de Armando Solano Melguizo

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

EN PREPARACIÓN

[illegible]

[illegible]

[illegible]

LA NOVELA DEL DIA

PUBLICACIÓN SEMANAL

Oficinas: GONZALO BILBAO, 11

SEVILLA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un mes . . . . 1 Peseta

Un año . . . . 15 »

Todo el que se suscriba por un año recibirá gratis la colección de las obras publicadas

ANUNCIOS

A PRECIOS CONVENCIONALES